

liculas infantiles y a la existencia de un específico Centro Nacional, no ha recibido la necesaria consolidación legal.

Serra Estruch ha sido el que, aprovechando las Conversaciones del Festival de Gijón, denunció, edición tras edición, el oportunismo de muchos industriales, ganados por el negocio del cine infantil; una política, en fin, que mostró sus contradicciones sustanciales cuando la programación obligatoria reveló la absoluta falta de películas útiles y la total imprevisión respecto de los modos de reunir un auditorio infantil.

Para Serra, la película sólo tenía sentido dentro de una "sesión", en la que la proyección iba precedida y seguida de una serie de manifestaciones encaminadas a orientar al auditorio infantil y a hacerle participar activamente en los contenidos y formas del film. Serra Estruch concebía —concibe— la formación de los monitores o personas encargadas de realizar estas sesiones en doce lecciones, cuyos temas integran los doce capítulos —con sus correspondientes apéndices— de este libro. Suponen una síntesis de temas pedagógicos, de psicología infantil, además de los propiamente cinematográficos, a través de la cual, superando la vieja idea del cine estrictamente informativo, se plantea las aportaciones que el cine puede hacer para la formación de la infancia. El volumen debe de ser examinado dentro de un plan general de trabajo, absolutamente encomiable dentro de la vida social española; lo audaz y personal es el índice, la búsqueda de los puntos de incidencia entre los temas, y no, ya se entiende, el contenido concreto de cada apartado, que suele limitarse a un intento de resumir en unas líneas materias a menudo vastas y difícilmente condensables.

El libro está pensado, lógicamente, para gentes interesadas en la infancia. Es, justamente, esta fundamentación pedagógica, esta implícita demanda de que sean los educadores y no los industriales quienes se interesen por el cine infantil, la aportación más radical y valiosa de Serra Estruch. Frente a la actitud paternalista de ciertos pedagogos, frente al recelo o

ignorancia ante el cine de los más recalcitrantes, frente a la presión también negativa de tanto improvisado autor de películas infantiles —con la mirada únicamente puesta en las leyes de protección económica—, la escuela de Serra Estruch intenta dar voz y voto a los niños, poniendo el debate y la crítica donde suele estar la tutela sistemática y falsamente espiritualista.

La obra será, en su día, supongo, corregida; sus puntos de sistematización, sometidos a debate. Sin embargo, hoy por hoy, es un valioso libro de pionero, tras cuya lectura se le ocurren a uno infinitas preguntas a los que han tenido, con muchos millones del Estado en la mano, la gestión y creación del artístico y pedagógicamente inexistente cine infantil español. ■ J. M.

### El libro español en Cuba

Rebelde en 1958, en conexión con la Sierra desde la clandestinidad de Santa Clara, luchador en la famosa batalla de su ciudad cuando el «Che» destruyó las últimas unidades del ejército batistiano, Rolando Rodríguez García es hoy director del Instituto Cubano del Libro, y en función de su cargo ha venido con frecuencia a Madrid. La última vez hace solamente unos días. Tiene veintinueve años, proviene de la Facultad de Derecho de La Habana y ha sido, junto con Aurelio Alonso, Fernando Martínez, Jesús Díaz y José Bell, el creador, en el seno de la Facultad de Filosofía, del seguramente grupo teórico más original surgido en los últimos treinta años: el que anima la revista «Pensamiento Crítico». Ahora conduce todo el plan editorial cubano, desde la dirección de un departamento que tiene categoría de Ministerio —Rodríguez asiste a los Consejos de Ministros, y todas las decisiones en materia de edición se producen a este nivel— y está directamente comprometido en la batalla de la educación.

Ha venido a comprar libros españoles. Porque Cuba produce dieciocho millones de ejemplares al año —frente a

un millón en la época batistiana—, que le confieren el primer lugar en edición por habitante de América Latina (tras ella van México y la Argentina), pero esta cifra aún no es suficiente para su consumo. Cuba tiene prisa, debe preparar con celeridad cuadros técnicos, formar a sus propios científicos, y España puede servirle, le sirve ya, los libros necesarios. En 1969, el Gobierno de La Habana importó dos millones y medio de dólares en libros españoles. «Si todo marcha bien —nos dice— esta cifra se incrementará, a pesar de que nuestra producción, por la mayor atención que se le prestará y la instalación de nuevos medios técnicos, se acrecentará de tal modo que en 1975 llegaremos a los cincuenta millones de ejemplares. La nueva planta que estamos montando permitirá este aumento espectacular».

En España, Rolando Rodríguez comprará, ha venido comprando, libros técnicos y científicos por ediciones com-

se han difundido 80.000 ejemplares. Existe en este momento un ambicioso plan para lanzar a todo el «98» español. Anotaremos, asimismo, como cifras importantes, los 30.000 ejemplares del «Largo viaje», de Semprún, y los 10.000 de la poesía española contemporánea de Batlló. Pero la difusión más alta la alcanzó el Diario de Ernesto Guevara en Bolivia: un millón de ejemplares agotados en unos días. «Se puso a la venta un lunes; antes de abrir la librería había más de diez mil personas esperando. Interrumpieron la circulación de la calle».

«Nos proponemos proteger a los escritores noveles. Para ellos hemos creado la colección "Pluma en ristre"; quien pretenda acogerse a esta serie deberá cumplir inexorablemente una precondición: que sea inédito». Sin embargo, la atención, en este momento, se encuentra fijada en la formación técnica y científica, por imperativo del desarrollo socioeconómico cubano.

Estructuralmente, la difu-

ocho, organizamos, para el libro español, una de las exposiciones más hermosas presentadas en la isla. En La Habana la conocieron más de cincuenta mil personas. Luego la trasladamos a otras ciudades del país».

Por último, el director del Instituto del Libro nos relata alguna anécdota muy significativa. «En las minas de níquel de Sagua de Tánamo se vendieron, en cinco días, trescientos ejemplares de «La condición humana», de Malraux. En un viaje por la Sierra charlé ocasionalmente con una muchacha de dieciocho años y cual no sería mi sorpresa cuando comenzó a hablarme de Kyo, de Gisora, de May, como si fueran familiares suyos...».

—Pero en la Unión Soviética nunca han tenido, precisamente, mucha simpatía a la literatura de Malraux —le replico.

Rolando Rodríguez, el rebelde de Santa Clara, el director del Departamento de Filosofía en otro tiempo, el director del Plan Editorial cubano, sonríe.

—Para nosotros, la ortodoxia es nuestra ortodoxia, somos siempre nosotros los ortodoxos. ■ E. G. R.

### La novela criminal

Es importante la labor que Editorial Tusquets, de Barcelona, está realizando al servicio de un planteamiento muy loable: la difusión en nuestro país de una serie de textos que, de otro modo, nunca llegarían a las manos del lector español, tanto por su especial naturaleza como por el género o los géneros a los que se adscriben. Así "Historia de un verdugo", escrita por Henri Sanson, un verdugo francés, perteneciente a una dinastía que monopolizó el oficio durante dos siglos, fechada en París en 1862, y traducido al español, según parece, aquel mismo año por un editor valenciano, que nos presenta, esta segunda vez, Muñoz Suay. Se trata, y así está definida la obra, de una "Ojeada histórica acerca de los suplicios".

Otro libro de muy notable calidad, dentro de la serie "Cuadernos infimos", lo constituye el titulado "La novela



Cola en la librería de La Habana Libre.

pletas. Esta relación ya existía en los primeros tiempos de la Revolución, pero desde la creación del Instituto del Libro en marzo de 1967 —en un intento de centralizar y tornar coherente el proceso editorial— se ha intensificado.

Son impresionantes los datos acerca de la difusión del libro en la isla. Las tiradas asombrarían a un escritor de otro país. De «La familia de Pascual Duarte», de Camilo José Cela, se han vendido 50.000 ejemplares en poco tiempo, y de «La tía Tula», de Unamuno, 80.000. También de «Doña Perfecta», de Galdós,

la difusión del libro se halla garantizada por una red de puntos de venta, que alcanza a todos los pueblos y lugares de la isla. En aquellas aldeas donde no hay más que un establecimiento comercial existe en el mismo una pequeña sección consagrada a la exhibición y venta de los libros recibidos de La Habana. A muchos lugares de la Sierra se suben los libros a lomos de una mula.

«Los editores españoles están interesados en el mercado cubano —nos asegura Rolando Rodríguez—. En octubre de mil novecientos sesenta y